

Opinión

Glencore versus Colombia

Germán Eduardo Vargas



Las partes en la disputa, Glencore y Colombia, quedaron satisfechas con el fallo proferido recientemente por el tribunal de arbitramento bajo el acuerdo de inversión con Suiza. Quien perdió fue la justicia colombiana.

El tribunal concluyó que la Contraloría había actuado de manera arbitraria en el juicio a Prodeco (filial de Glencore que explota el carbón de la Jagua), por responsabilidad fiscal en la renegociación de las regalías a favor del Estado, y obligó a Colombia a devolverle a Prodeco los US\$19,1 millones de la sanción.

Todo se inició cuando Prodeco cambió de manera unilateral y arrogante la forma de calcular las regalías. Fue una jugada a tres bandas: creó una disputa, que se transformó en la negociación de una nueva fórmula (su verdadero objetivo), a cambio de aumentar producción.

Tras la entrada en vigor de las nuevas regalías, la Contraloría

inició una investigación por responsabilidad fiscal, alegando que la negociación fue lesiva para los intereses del Estado, y que se logró sobornando al director de Ingeominas.

En el fallo del tribunal está subyacente que la justicia en Colombia funciona mal.

Prodeco denunció ante las autoridades el acto de corrupción en Ingeominas mediante el cual otorgó un contrato de concesión a unos particulares en un área diminuta dentro de la mina de Prodeco. Las autoridades se vendaron los ojos. Esos particulares, testaferros del director de Ingeominas (dice la Contraloría), le vendieron a Prodeco la concesión a un precio exorbitante.

Prodeco fue condenada por la Contraloría con base en un informe técnico que mostró que el cambio de regalías produjo detrimento para la nación. Para el tribunal fue un informe chabón, y lo fue: comparar las dos fórmulas de regalías usando los resultados de un año, en vez de hacer la comparación con los resultados probables en el horizonte de vida del proyecto.

“Con frecuencia me ha irritado ver la manera como algunos jueces empujan al criminal a revelar sus actos mediante frau-



En los acuerdos de inversión no existe una segunda instancia para la solución de disputas, e inhiben la acción regulatoria del Estado, pues permiten alegar que cambios en la legislación alteran las reglas de juego”.

des, y cómo emplean el engaño y la desvergüenza”, escribió el filósofo Montaigne en el siglo XVI. En eso no ha cambiado la justicia. La Contraloría les embargó los bienes a los negociadores de Ingeominas, lo cual dio como resultado que ellos cambiaran su testimonio, dirigiendo el dedo acusador hacia su director. A cambio, les levantaron el embargo. La Contraloría fabricó así una prueba de soborno. “Justicia maliciosa”, dice

Montaigne. Perdido el caso en la Contraloría, Prodeco apeló ante el Tribunal Administrativo de Cundinamarca, donde el expediente está acumulando capas de polvo.

Las pretensiones contra Colombia por cuenta de los acuerdos bilaterales de inversión (como el del caso Glencore), ascienden a US\$9.525 millones sin intereses, más del 10 por ciento del presupuesto nacional de 2019. Es una bomba de tiempo. En los acuerdos de inversión no existe una segunda instancia para la solución de disputas, e inhiben la acción regulatoria del Estado, pues permiten alegar que cambios en la legislación alteran las reglas de juego. La mayor parte de esas demandas se refieren a fallos de la Corte Constitucional, que cambian las reglas de juego y, por ende, las expectativas de inversionistas extranjeros.

Felizmente Glencore pudo acudir a un tribunal internacional para que se hiciera justicia. Infelizmente nuestros inversionistas nacionales no tienen esa instancia internacional a su disposición para proteger sus inversiones en Colombia.

Catedrático

german.vargas@unilandes.edu.co

De alcaldes a gerentes urbanos

Sandra Forero Ramírez



Próximo a las elecciones de alcaldes en el país, suenan diariamente resultados de las encuestas de intención de voto, las posibles alianzas y estrategias partidistas y las cuentas políticas a nivel regional con las que muchos hacen balances ligeros de ganadores y perdedores. Lo cierto es que no es menor una apuesta democrática para elegir a más de 1.100 gobernantes de nuestros territorios y quienes tendrán, hasta el año 2023, la enorme obligación de transformar positivamente la cara de nuestras ciudades y municipios, y tomar decisiones acertadas que mejoren la cotidianidad de sus habitantes.

El punto de partida es el mismo. Cada cuatro años se ponen en evidencia los principales problemas que enfrentan las ciudades en materia de inseguridad, movilidad, vivienda, servicios públicos, salud, educación, etc. y bajo objetivos, en todos los casos meritorios, los candidatos construyen sus estrategias y debaten las posibles soluciones, donde el sesgo hacia la convicción del votante promedio prevalece sobre las soluciones en las que prevalece la gerencia, la visión técnica y las realidades del entorno urbano. En otras palabras, en campaña todo es válido, pero en la práctica de la gestión pública urbana debe primar la gerencia realista y coherente con un modelo de ciudad de largo plazo.

Los elementos de facto deben hacernos conscientes de lo que está en juego para nuestras ciudades a partir del 1 de enero de 2020, fecha en la que los nuevos alcaldes llegarán a ejercer. Un permanente proceso de urbanización de las regiones, cambios demográficos (como la reducción del tamaño de los hogares y la mayor incidencia de hogares unipersonales) y el innegable crecimiento del continuo urbano que sobrepasa los límites político administrativos nos obliga a pensar regionalmente. Además, la proliferación de asentamientos irregulares e informalidad urbana, el déficit habitacional existente, la insuficiencia en el acceso a agua potable y saneamiento básico, la carencia de infraestructura urbana y equipamientos sociales y la deficiencia estructural de espacio público, son parte de esa innegable realidad.

Todo esto requiere soluciones técnicas. Por eso la decisión de los ciudadanos debe decantarse emocional y políticamente y, así como se hace en la práctica del sector productivo, el elector debe reflexionar sobre la visión de la ciudad, los recursos disponibles, el desempeño previsto y con todo esto escoger al mejor gerente urbano.

Fortalecer la democracia implica elegir con seriedad y seriedad. Nuestras ciudades son el pilar del desarrollo del país y por eso pensar en tener buenos gerentes urbanos, más que alcaldes que gocen de popularidad, nos ayudará a alejar nuestras ciudades de seguir convirtiéndose en trampolines políticos o espacios de división. Así, por el contrario, nuestros centros urbanos serán verdaderos motores de crecimiento económico, movilidad social y de una vez por todas elevaremos la discusión de la importancia de las ciudades. A todos: un llamado a elegir alcaldes con capacidad de ser grandes gerentes urbanos.

Nuevamente el desconcierto

Germán Umaña Mendoza



Cada día recibimos información distinta sobre la variación de los precios internacionales del petróleo y del dólar. Son dos factores fundamentales que hacen que los economistas varíen sus predicciones sobre el comportamiento de las economías.

Los ataques al corazón de la producción petrolera en Arabia Saudita, los desequilibrios que estos hechos generan en el Oriente Medio, la terrible amenaza de la escalada de un conflicto entre Irán y los Estados Unidos, no son otra cosa que la consecuencia de una política internacional producto del endurecimiento de las negociaciones para aparentemente obligar a detener la producción de armas nucleares. Pero, es que para esto ya había un acuerdo firmado y funcionando a nivel global y, el cual, en un día oscuro en la historia de la humanidad, el señor

Trump decidió desconocer.

De otra parte, el campo de batalla se desplaza en la actualidad a la denominada guerra comercial, tecnológica y de inversiones entre China y los Estados Unidos. Los Estados Unidos deciden imponer una agresiva política arancelaria, en donde se podría atribuir cierta ingenuidad a los negociadores norteamericanos, en la medida en que parecerían pensar que la China no tenía herramientas para responder a sus sanciones. Pero, si las tiene, imponen aranceles en reciprocidad a las importaciones de productos norteamericanos, revalúan o devalúan su moneda según convenga, desplazan a voluntad sus inmensas reservas en dólares y afectan el comportamiento de las bolsas de valores del planeta, producto de su poder de mercado.

Las consecuencias de esta inestabilidad son dramáticas para los países emergentes y en Colombia no escapamos a esta caracterización. Cada vez que varían los precios del petróleo, se hace evidente la dependencia de nuestro país en las cuentas fiscales. Es posible que de continuar la escalada

de la violencia y los ataques al corazón de la producción petrolera, se mantengan los precios por encima de lo presupuestado.

Pero todo lo que sube baja. Debemos aprender de las lecciones. Si crecen los ingresos, la solución es crear fondos de estabilización de largo plazo y promover producciones de bienes y servicios, con alto valor agregado, incorporación de capital humano y progreso técnico.

De otra parte, el nerviosismo sobre la evolución de la economía mundial provoca fluctuaciones en las tasas de cambio y, en la medida en que se piense por parte de los inversionistas que continuará la inestabilidad, se producirán dificultades en los países en desarrollo producto de la salida de capitales golondrina y la ralentización en el ingreso de inversión extranjera directa en sectores diferentes a los de los commodities.

Lo anterior, conduce a profundas dificultades en las cuentas externas e internas. En sana lógica parecería que toda nuestra atención debería centrarse en buscar mecanismos



En sana lógica, toda la atención debería centrarse en buscar mecanismos de defensa y estabilización económica”.

de defensa y estabilización de la economía. Pero no, es realmente deprimente observar como las discusiones van en otras direcciones.

La más evidente y perversa es encaminarnos al retorno a la violencia y a la guerra, cuando creíamos que nos encaminábamos a pensar en el desarrollo, en el futuro, en un país más justo y en paz para las nuevas generaciones. Pero no, nos perdemos en la eterna “Patria boba”: Algo está realmente mal en la salud mental de nuestros dirigentes.

Profesor

Presidente Ejecutiva Camacol